Testimonio de Santiago, un soldado argentino que combatió en las islas Malvinas en 1982

Julio de 1982

Santiago, Daniel Kon

*Fuente: Daniel Kon, Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas.
Buenos Aires, Galerna, agosto de 1982.*

— ¿Cómo fue el viaje y la llegada a las islas?

— Viajamos primero a Río Gallegos y después, en un Boeing, a Malvinas. Llegamos como a las siete de la tarde del 11 de abril. Nos quedamos un buen rato en el aeropuerto, y ahí nos dieron algunas bolsitas con raciones frías y cigarrillos, chocolate, papel higiénico, jabón. Metimos todo en los bolsos y como a las cuatro de la mañana empezamos a caminar. Llegamos a una zona, como a tres kilómetros del aeropuerto, y nos ordenaron armar ahí las carpas. En mi sección éramos 52, y armamos las carpas muy cerca unos de otros. En ese momento, salvo el frío, que además todavía no era tan fuerte, no había problemas. Nos daban de comer y teníamos, también, las bolsitas con las raciones frías. Pasamos ahí el día 12, y el 13 a las seis de la mañana nos despertaron, armamos de nuevo el bolsón y nos llevaron a una nueva posición, en la isla Soledad, casi a la orilla del mar, como a 9 ó 10 kilómetros de Puerto Argentino. Pasamos ahí la noche y al otro día, cuando ya habíamos empezado a cavar nuestras posiciones, llegó la orden de no cavar más. Nos dijeron que teníamos que ir un poco más atrás, un poco más alejados del mar, porque si ellos desembarcaban en donde nosotros estábamos iban, primero, a tirar con la artillería. Nos iban a hacer pelota si nos quedábamos ahí. Otra vez armamos los bolsos y empezamos a caminar, con la mala suerte de que justo en el momento en que llegábamos a la nueva posición nos agarró una lluvia tremenda. Apenas si nos pudimos proteger un poquito, atrás de una pared de piedra, pero no hubo más remedio que esperar a que parara la lluvia. Era una lluvia muy fuerte y muy fría, mezclada con viento, que pegaba de lleno en la cara. Fue la primera experiencia fea que tuvimos con el clima. Quedamos todos encastrados y tuvimos que empezar a hacer los pozos. Mientras algunos cavaban, los otros salían a buscar chapas y maderas para hacer los techos. A mí me tocó compartir mi posición con un cabo, un soldado amigo mío, y otro pibe al que no conocía, un pibe que se había anotado para seguir la carrera militar y lo habían llevado como voluntario a las Malvinas. Nos íbamos turnando, dos hacían el pozo, y dos buscaban chapas y maderas. Una vez que conseguimos todo seguimos cavando, mejorando la posición, dos o tres días. Teníamos que enmascarar bien la posición para que no se viera desde el aire.

—Y en ese pozo pasaste prácticamente toda la guerra.

—Sí, casi hasta el final. Ahí tuvimos la experiencia fea de los primeros bombardeos ingleses, el 1º de mayo. Fue muy feo, porque cuando empezamos a escuchar las primeras bombas nosotros no sabíamos qué estaba pasando. En ese momento yo pensé que se estaba por terminar todo.

"Bueno, pensé, acá éstos vienen a atacar con todo, van a poner 15 barcos frente a la isla, van a batir la zona y en dos días nos barren". Mientras sonaban esas primeras bombas, yo trataba de no quedarme callado, porque lo feo de quedarse callado es que uno siente muy fuerte cómo le late el corazón, parece que se fuera a salir del pecho. Yo hablaba de cualquier cosa, y le decía al voluntario, que no tenía la menor idea de nada, que no se tapara los oídos, que se podía llegar a quedar sordo; le decía que abriera grande la boca y gritara. Yo estaba nervioso, la verdad; pero los otros tres estaban mucho más nerviosos que yo. Se ponían tan nerviosos que se movían de un lado para el otro, adentro del pozo. Y en esa situación lo mejor es quedarse quieto, porque si llegaba a haber enemigos cerca y veían el movimiento les podían bajar un cargador encima. Justo en ese momento los ingleses lanzaron una bengala que iluminó toda la zona, con tan mala suerte que el plástico cayó justo arriba del techo de nuestra posición. Los otros se pusieron como locos cuando vieron el humito. Yo sabía que no iba a pasar nada; en la instrucción me habían enseñado cómo eran las bengalas, y sabía que el humo ése se iba a apagar. Ahí el cabo se me puso nervioso...

— ¿Se te puso nervioso?

— Sí, el cabo es un muchacho de Jujuy, tiene 22 años, es muy macanudo. Pero en ese momento se descontroló y empezó a fumar como un loco. Por suerte, a pesar de las bengalas, los ingleses no descubrieron nuestras posiciones, porque las habíamos enmascarado muy bien, pero ya esa noche no pudimos dormir más. No veíamos la hora en que amaneciera, queríamos que terminara de una vez la oscuridad. Después, cuando pasó todo, empecé a preguntarle a los pibes qué habían sentido. Todos se habían asustado mucho, y le habían pedido a Dios que una bomba no fuera a caer justo adentro de la trinchera de ellos, por que en ese caso no se salvaba nadie...

[...]

— ¿Qué sucedió una vez que llegaron a Puerto Argentino?

— Ahí era todo un desorden terrible. Algunos decían que ya había un acuerdo para cesar el fuego; que el general argentino y el inglés ya estaban reunidos y habían llegado a un acuerdo. La verdad es que ya estaba todo perdido, los que se salvaban llegaban del frente muy mal. Nadie sabía muy bien cuáles eran las órdenes, si seguir peleando o no. Muchos suboficiales estaban desorientados porque se nos había perdido el jefe de compañía, y no lo encontrábamos por ningún lado. Nosotros estábamos en la punta del pueblo, y al final él llegó, desde el centro, para darnos la orden de prepararnos para hacer "combate de localidad", y defender la ciudad. Todos

estábamos muy nerviosos, después de lo que habíamos vivido. El jefe nos dijo que teníamos que tomar posiciones en las casas de la zona: *"Ustedes no le tengan miedo a nadie; entren en las casas, y si un kelper se resiste, tiren. Yo me hago cargo"*. A esa altura, la verdad que nosotros ya no le teníamos miedo a nadie; si los kelpers no nos dejaban entrar los íbamos a reventar, porque era la vida de ellos o la nuestra. Los de mi grupo nos acercamos a una casa; yo iba un poco más atrás, apoyando con la ametralladora. Fuimos por la parte de atrás de la casa; golpeamos las puertas y nadie contestaba. Justo en el momento en que un pibe iba a disparar con el fusil para reventar la cerradura, vimos por el vidrio dos personas que se levantaban de unas camas. Le avisamos al cabo, que llegó corriendo. Nos dio la orden de cargar, y en ese momento, desde adentro, gritaron: *"No tiren, no tiren por favor, que somos argentinos"*. Eran dos pibes, dos soldados del Regimiento 4. *"Por favor, no nos tiren, somos los únicos dos que salimos vivos de toda una sección. A nuestra compañía la pasaron totalmente por arriba"* dijeron. Ellos habían estado en una zona del frente por donde habían avanzado los gurkas. Lucharon durante varias horas, hasta que a casi todos se les empezaron a acabar las municiones. Había sido una batalla terrible, con muchos muertos y heridos de los dos bandos. Parece que los gurkas avanzaban dopados, pisando las minas argentinas, gritando, como locos. Ellos eran ocho, en una trinchera un poco retrasada, detrás de una loma. En un momento, un grupo de ocho o nueve gurkas se les habían acercado, riéndose y gritando. Ellos les tiraron granadas y ráfagas de Fal y bajaron como a cinco o seis, y los que quedaron vivos gritaban, como riéndose de lo que había pasado, y terminaron de rematar, ellos mismos, a sus compañeros que estaban heridos. Saltaban, se reían, y les disparaban, todo al mismo tiempo. Después los pibes pudieron bajar a ésos, también. Al final se quedaron sin municiones, y vieron que los argentinos que estaban en posiciones de más adelante, empezaban a rendirse. Ellos seguían escondidos en su trinchera, y desde ahí vieron cómo un gurka hacía desnudar a un argentino que se había rendido y lo hacía caminar por el campo, dándole patadas y golpes con un fusil. Un rato después vieron cómo un sargento salía de su posición. Se le habían terminado las municiones, y tiró el casco, el correa, el fusil, todo, y se rindió. Pero los gurkas lo agarraron de los pelos, lo empujaron hasta que quedó arrodillado sobre la tierra, y le cortaron el cogote. Así fueron haciendo con cuatro o cinco pibes de esa posición. Algunos lloraban, les pedían por favor que no los mataran, pero igual los degollaban. Estos ocho seguían más atrás, escondidos en su trinchera. Cuando vieron todo eso, tomaron una decisión. Largaron todo el equipo, igual ya no tenían municiones, y empezaron a correr. Era muy peligroso, pero era la única posibilidad que tenían. Corrían y sentían el frío en la espalda al saber que en cualquier momento una bala los iba a bajar. Por momentos, cuando los

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

disparos eran muchos, se arrastraban un poco y después corrían de nuevo. Las bombas y los tiros les pasaban muy cerca. De los ocho sólo estos dos habían salido con vida. Pero creo que llegaron muy mal de la cabeza. Estaban totalmente chupados, muy flaquitos. Uno me dijo que, al llegar a las Malvinas, pesaba 70 kilos, y ahora no debía pesar más de 55. Cuando nosotros llegamos a esa casa, ellos ya estaban ahí desde tres días antes. Tenían miedo de salir, porque pensaban que si los veía algún oficial los iba a mandar al frente de nuevo. Y se quedaron en esa casa, que los kelpers habían abandonado con todo adentro. Ellos ya eran como los dueños de casa. Nos hicieron de comer bifes y nos dieron ensalada de frutas que los kelpers habían dejado. El cabo de nuestro grupo les preguntó si habían robado algo. *"No, le juro que no —le contestó uno— lo único que hicimos fue comernos la comida que había, pero no tocamos nada. Por favor, no nos mande al frente de nuevo, cabo, usted no vio lo que nosotros vimos. Se lo pido por favor..."*. Creían que mi cabo los iba a mandar al frente. Todos tratamos de tranquilizarlos un poco; les dijimos que no les iba a pasar nada, que nadie los iba a mandar al frente. Mientras hablaban, ellos lloraban. Se abrazaban uno al otro como dándose ánimo, mientras se les caían las lágrimas. El más flaquito dijo: *"Todos mis amigos están muertos; yo los vi morir a casi todos. Pero voy a ir casa por casa y les voy a contar a sus padres cómo murieron sus hijos"*.

Entrevista realizada por Daniel Kon en Buenos Aires, en junio-julio de 1982.